

BB-659

Fons Saenz de Juana

D. Vicente Saenz de Juana.

Gandía



N.º 26

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA

Colonia-Sanatorio Regional

— DE —

San Francisco de Borja

PARA LEPROSOS

REDACCION Y ADMINISTRACION

VALENCIA: Tipografía Moderna, Avellanas, 11

Precios de suscripción: un año, 1'50 ptas.

Valencia 8 de Agosto de 1906

A María
Inmaculada
en su
año jubilar
los
leprosos de
España

Consolatrix afflictorum
o. p. n.

¿Cuándo se empieza á curar en Fontilles?

Es tanta la alarma que hay en Valencia por el gran número de leprosos que por todas partes se ven y tal la confianza que á los hombres de ciencia inspiran los distinguidos especialistas doctores Slocker, Guillén y Zuriaga, que las autoridades todas y con ellas la Junta provincial de Sanidad, concedoras del dictamen que dichos especialistas dieron de los tres casos que la Junta del Sanatorio sometió al tratamiento de Mad. Pinnelli, han acordado, según cuenta un periódico, entenderse con dicha señora para que, aislados los leprosos convenientemente, proceda á su cura bajo la dirección de competentes médicos y en calidad de practicante.

Nosotros nos alegraremos que los autoridades y particulares tomen empeño en atajar los progresos de este mal por el único medio positivo que se conoce del aislamiento. Años hace que estamos luchando para conseguir ver terminado el Sanatorio de Fontilles, y fuera de la caridad particular nadie nos ha ayudado, á pesar de haber tenido á nuestro favor entidad de tanta valía como el Instituto Médico. Pero, tarde ó temprano, lo que es bueno se impone, y hoy todos hablan de aislamiento y hasta de curación por el método Pinnelli, que nosotros ensayamos con satisfactorio resultado.

Lo que no sabemos es cómo la Junta provincial de Sanidad va á poder improvisar un local suficiente para el aislamiento y curación de leprosos.

En cambio nosotros aspiramos tenerlo todo dispuesto para en primeros de Septiembre continuar en Fontilles los ensayos del procedimiento Pinnelli durante tres meses y en unos cuarenta enfermos.

Y no sólo se ensayará este sistema de curación, sino que además se ha acordado aceptar los ofrecimientos de un ilustrado médico español que se ha acercado á la Junta del Sanatorio manifestando tener varios enfermos en vías de curación, que someté á gustoso al examen de los especialistas para que informaran sobre la bondad de su método.

Las puertas del Sanatorio han de estar abiertas á todo experimento y adelanto cientí-

fico, y la Junta no escaseará sacrificio alguno para proporcionar á la ciencia médica medios de observación.

Para primeros de Septiembre, pues, los enfermos que deseen ser tratados en el Sanatorio se servirán manifestarlo por escrito á la Administración de esta Revista, Avellanas, 11, acompañando á la solicitud la historia clínica de la enfermedad, firmada por el médico del pueblo en donde viva el solicitante.

Como el coste del tratamiento de cada enfermo es de alguna consideración, los que se originen por manutención y asistencia serán á cargo de los enfermos, pagando además, los que su situación lo permita, una cantidad previamente convenida que sirva para aliviar á la Junta del Sanatorio de los gastos originados por los más pobrecitos, y con el fin de poder hacer extensivo el beneficio al mayor número de éstos.

También han de expresar las solicitudes, con toda claridad, el domicilio del enfermo, para que, una vez presentadas todas á la Junta, pueda ésta contestar á los interesados el acuerdo tomado respecto á su petición; pero téngase en cuenta que los de los pueblos más próximos al Sanatorio y que más hayan contribuído á sus obras serán preferidos.

Para la dirección técnica del Sanatorio habrá un médico nombrado por la Junta, además de la comisión que entienda en el régimen y administración del mismo.

La parte espiritual estará confiada á un sacerdote, y para todos los servicios que sean necesarios se nombrarán cuantas Hermanas y enfermeros se necesiten.

La Junta de gobierno, una vez concedido el ingreso de un enfermo en el Sanatorio, comunicará á éste cuantas instrucciones sean necesarias para el viaje y demás que pueda serle útil.

La Administración del Establecimiento tendrá vehículo á propósito para hacer el viaje y proveerá al enfermo de todo el menaje necesario para su estancia en Fontilles, pero será potestativo en el enfermo aceptar éste ó proveerse él de lo necesario.

Y por último, advertimos que nos escriban pronto todos los que aspiran á ser tratados por el método Pinnelli para darles amplias instruc-

ciones y, probablemente, un impreso, en el que vaya incluso la solicitud, indicaciones para el dictamen del médico del pueblo y cuantos antecedentes se necesiten para su admisión.

Los tres enfermos que como prueba fueron sometidos al tratamiento de Mad. Pinnelli siguen mejorando más cada día y adquiriendo mayores energías.

Dios proveerá de todo, y confiadamente esperamos obtengan los que se hayan de tratar en el Sanatorio, en los tres meses de referencia, tan positivos resultados como obtuvieron los tratados en Argel.



El contagio de la lepra

Dijimos (*La Voz de Job*, núm. 5, Diciembre de 1904), que la lepra pertenece á la clase de las enfermedades infectivas, las cuales no son propiamente hablando contagiosas, y tomando el paludismo como ejemplo de las enfermedades infectivas, establecimos la diferencia que existe entre contagio é infección, haciendo ver la importancia de esta distinción, por cuanto en ella se funda la profilaxis de estos dos modos de contaminación, y la necesidad de considerar en toda enfermedad dos puntos de importancia capital: la causa de la enfermedad, ó sea el agente que la produce, y el modo ó la manera especial de hacerse la contaminación, ó sea el agente de la transmisión, el que inficiona el organismo.

Tan indispensable es distinguir el contagio de la infección, que hasta hoy todas las interminables discusiones, tantas acerbas controversias, así como las inútiles é infructuosas elucubraciones sobre el contagio de la lepra, no han tenido otra causa que el haber desconocido su naturaleza infectiva, el haber prescindido de uno de los factores de la contaminación, considerándola simplemente como contagiosa. En efecto, si la lepra fuera una enfermedad contagiosa á la manera de las fiebres eruptivas, como la viruela, la escarlatina, el sarampión, etcétera, no habría ocasionado ninguna disidencia, el acuerdo hubiera sido unánime en aceptarla como tal. Nadie ha puesto en tela de juicio el contagio de estas enfermedades; todo el mundo las declara eminentemente contagiosas ó transmisibles desde el enfermo al sano, sin indagar cómo ni cuándo, sin parar mientes en averiguar otra cosa. No ha sucedido así respecto de la lepra. En los tiempos primitivos, cuando no

se sabía lo que era, porque el agente que la causa era desconocido, cuando con la denominación de lepra se abarcaban indistintamente una infinidad de dermatosis y la sífilis, se creyó ciegamente en el contagio. Vinieron luego los médicos escandinavos Boeck y Danielssen, quienes, provistos de nuevos elementos de diagnóstico y estudiando atentamente los síntomas, el curso y las lesiones específicas del *Spedalskhed* ó lepra de los griegos, negaron el contagio, y su opinión prevaleció en el mundo, merced al gran prestigio de que justamente gozaron aquellos eminentes sabios. Los trabajos bacteriológicos del ilustre Hansen, que lo condujeron al descubrimiento del bacilo que causa la enfermedad, y sus notables investigaciones necroscópicas, que revelan las lesiones causadas por el agente patógeno, volvieron á llamar la atención de los leprólogos hacia el contagio, considerado esta vez como infección, probado con evidencia y comprobado por otros muchos sabios, como Neisser, quien completó el estudio microbiológico del organismo descubierto por Hansen.

Reconocida ya como enfermedad microbiana, la lepra dejó de ser tenida por hereditaria; todas las ideas se orientaron en esta dirección y llegaron á fijarse definitivamente; pero este orden de ideas no tuvo estabilidad, porque se supo al mismo tiempo que contagio no es infección. Mientras tanto, otros muchos descubrimientos se habían sucedido que hacían cada vez más complejo y de difícil solución el problema: el venerable profesor Virchow había fundado la patología celular; el sabio Metchnikoff había asombrado al mundo con el más estupendo y trascendental de todos los descubrimientos, el de la fagocitosis, que echó por tierra la teoría humoral; Koch, el más popular de todos los sabios europeos, había aislado las toxinas, producto elaborado por los microbios, y su famosa tuberculina agitaba y conmovía la ciencia; Behring y Roux preparaban con el cultivo del bacilo de Loeffler el suero que cura la difteria y abrían la era de la seroterapia.

Se verá, por esta somera—y como tal—incompleta reseña de los adelantamientos de la ciencia médica, que esta ciencia no se ha cristalizado y que, por consiguiente, hay que estudiar el contagio de la lepra á la luz de estos nuevos conocimientos, so pena de quedarnos á la zaga sin percatar que todo se mueve á nuestro alrededor, y que el encastillarnos y el querer quedarnos como fundidos en los viejos moldes medioevales, sería pretensión tan absurda como el intentar detener el movimiento de los astros ó el curso de los ríos.

Consultando cuidadosamente todas las obras y revistas que nos ha sido posible conseguir sobre lepra, no hemos podido encontrar nada

que demuestre el contagio, nada que indique la manera de hacerse la contaminación: todo se reduce á comprobar que la lepra se ha ido propagando por todo el mundo con la emigración; que el hombre enfermo ha sido siempre el origen de la plaga en todas partes; que á su alrededor se han visto aparecer nuevos casos y de éstos originarse otros, y así irse propagando el mal hasta invadir comarcas enteras; pero nadie asegura cómo se verifica esta contaminación, ni por qué en ciertos países aumenta el número de enfermos, mientras en otros la proporción de sanos y enfermos se conserva estacionaria ó decrece. Se ha buscado la razón de esto en las condiciones telúricas, meteorológicas, bromatológicas, etc., y nada se ha logrado; en las étnicas y sociológicas se ha fijado la atención de los investigadores, sin llegar á salir del campo de las hipótesis; el aseo ó la higiene rigurosamente seguida es lo que reúne el mayor número de sufragios, pero sin precisar el por qué de esta medida profiláctica.

Se dice comúnmente que el leproso es peligroso para los que lo rodean, porque entre sus secreciones se encuentran millares de bacilos; el flujo nasal, el sudor, el pus de las úlceraciones lo contienen en abundancia, y sin embargo, todos estos bacilos inoculados al hombre sano y á diversas especies de animales por los miembros de la célebre Comisión de la India, no reprodujeron la enfermedad. Otros dicen que el darle la mano á un leproso, el acercársele, el usar sus enseres de servicio ó el cambio de billetes de banco ó de monedas, en una palabra, el contacto inmediato con él es suficiente para que se pegue la lepra. Corren á este respecto mil consejas, ideadas por el temor de contagio y sostenidas por el horror que la enfermedad inspira; pero nada de todo esto es cierto, porque nadie ha podido presentar la prueba de haberse contagiado una persona por estos medios supuestos.

Para que se vea lo infundado de estas patrañas, citaremos lo que sucedió aquí cuando se trató de la hospitalidad de unos pocos enfermos para estudiar en ellos la medicación seroterápica. Entre los locales ofrecidos para ello, se hallaba la Quinta de Padilla, y no bien se supo esto, cuando apareció una representación de muchos vecinos en la cual pedían al Gobierno que no consintiera en que ahí se pusiera el hospital, porque los desagües de dicha quinta pasaban por predios en que se tenían vacas para la producción de leche que se vendía en la ciudad, y que las vacas que usaran de esas aguas se harían leprosas, y la leche de ellos transmitiría la lepra á los que la consumieran, y toda la ciudad se volvería una leprosería. ¡Notable descubrimiento!

Hacia la misma época, y fundado ya el *Instituto Carrasquilla* para ensayar la seroterapia en la Quinta de Segovia, donde se producía, en una de las dependencias, la vacuna animal, se dijo que la vacuna allí producida no debía usarse porque propagaría la lepra. Así es como se han inventado y sostenido todos esos cuentos, prescindiendo de todo principio científico y de los experimentos que demuestran que la lepra no es inoculable á los animales de esa manera, y que la vacuna no transmite la enfermedad.

Al *Instituto Carrasquilla* concurrieron varios médicos, muchos practicantes, los veterinarios encargados de sangrar los caballos, contratistas, sirvientes, etc., y á ninguna de estas personas se les pegó la lepra, habiendo estado todos en contacto con los leprosos que vivían allí; luego el contacto inmediato no basta para la transmisión de esta enfermedad, exactamente lo mismo que sucede con el paludismo, la fiebre amarilla y demás infecciones.

La pulga es el agente de contaminación de la lepra, como lo es el mosquito—anófele—del paludismo, *Hegomya fasciata*, de la fiebre amarilla, y la pulga de la peste bubónica. En el contenido intestinal de las pulgas que han chupado sangre de leproso se encuentra el bacilo de Hansen, causa de la enfermedad. Es posible que algún otro insecto también pueda transmitirla, pero hasta ahora no sabemos que se haya encontrado en chinches, piojos, moscas, etc. El Dr. J. Goldmidt, en Madera, estudió este punto, y dice que no pudo encontrar el microbio en estos insectos; el Dr. Babes dice que es posible que la lepra se transmita por alguno de estos insectos, y lamenta que no se hayan hecho investigaciones en este sentido (*Die Lepra*, 1901). Nosotros no lo hemos buscado sino en las chinches, y no lo hemos podido hallar; mientras que en las pulgas siempre nos ha sido posible hallarlo, cultivarlo é inocularlo á los animales de laboratorio.

JUAN DE D. CARRASQUILLA.

Enero de 1905.



INFORME DEL DR. ZURIAGA

sobre la naturaleza contagiosa ó no contagiosa de la lepra, y medios que conoce la ciencia para impedir el desarrollo y la generalización de esta enfermedad.

(CONTINUACIÓN)

Esta es una falta de analogía que ciertos contagionistas parecen cometer con la lepra. Como conclusión, el autor vuelve á la analogía de la

lepra con la tuberculosis. En los dos casos los bacilos presentan un gran número de caracteres comunes que les diferencia de los otros bacilos; «las dos enfermedades son probablemente contagiosas, pero en un grado mínimo».

En los dos casos también, buenas condiciones higiénicas disminuyen el daño de la infección. La lepra tiene mucha semejanza con la tuberculosis de la piel. La lepra y la tuberculosis pulmonar atacan rara vez á los niños antes de la pubertad. En todo caso las dos enfermedades tienen mucho parecido entre ellas, y sería interesante el investigar si en los países ó las clases donde la una es más frecuente, la otra es rara.

El autor no es partidario del aislamiento.

F. Baelz.—*Beirage zur lehere von der Lepra.* (Contribución al estudio de la lepra). Monatshefte, etc. (ídem por A. Doyon).

VII

Encargado de una misión científica en Noruega con el objeto de estudiar la lepra, monsieur el profesor Leloir (de Lille) ha aportado de su viaje numerosos documentos. Él ha podido, en efecto, observar 700 enfermos, ya en los hospitales, ya en los campos, recoger cerca de 80 observaciones, tomar numerosos dibujos y traerse numerosas piezas destinadas al examen anatómico. Las memorias que ha publicado son el resumen de sus notas sobre la misión que se le encargó, y contienen datos interesantes sobre la historia clínica de la lepra observada en Noruega y sobre la anatomía patológica de esta afección.

«La lepra no existe en Noruega más que en los campos», y los leprosos que se ven en las ciudades son campesinos que han llegado á hacerse ciudadanos desde hace poco ó mucho tiempo.

La lepra se observa sobre todo en la dirección de las costas ó en la vecindad de los grandes remansos de aguas.

El aislamiento no existe en Noruega de una manera absoluta; los leprosos de las leproserías salen, se pasean por la ciudad y abandonan á veces el hospital.

La lepra, si es contagiosa, lo es en un débil grado, porque se «transmite rara vez» entre esposos y de padres á hijos y la inoculación no ha tenido éxito. (El profesor Leloir, en estudios posteriores, opina de un modo bastante distinto, como verá el lector.) (*Observación de Manuel Zuriaga.*)

H. Leloir.—*La lepra en Noruega.* (La lepra en Noruega. *Semaine Medicale*, 1888, p. 216.)

VIII

Después de haber expuesto detalles suficientes sobre el diagnóstico, el profesor Leloir aborda el estudio y la geografía de la lepra.

Con este motivo demuestra lo que nosotros habíamos ya puesto de relieve en nuestros artículos, es decir, «que la lepra ha seguido siempre las grandes corrientes humanas; que las medidas tomadas por los gobiernos para aislar á los leprosos han hecho decrecer y desaparecer siempre la enfermedad, y esto con tanta mayor rapidez cuanto las medidas han sido más rigurosas». En los países donde estas medidas no han sido tomadas, la lepra en general se ha perpetuado en extensión. Estos hechos resultan de evidentes documentos interesantes hasta el más alto punto que ha publicado el autor. Nosotros no sabemos, por nuestra parte, aplaudir bastante al ver que el sabio profesor de Lille ha adoptado todas las ideas que hemos expuesto sobre este asunto el Dr. E. Vidal y yo. Como nosotros, «él admite que cada vez que una nación atacada de la lepra ha sido puesta en contacto con un pueblo hasta entonces virgen de la enfermedad, este último pueblo ha sido infestado; que la influencia del clima y de la higiene parecen ser absolutamente nulos en la génesis de esta enfermedad; que en un número de casos ella ha invadido poblaciones con tal rapidez, que la herencia sola es impotente para explicar semejante extensión.

«Cuando se examinan las diferentes causas asignadas por los autores á la lepra, se admira uno de su poco valor; yo diría casi de su puerilidad. Los unos buscan el origen en los enfriamientos y en los cambios bruscos de temperatura; los otros en el exceso del calor; para otros es la alimentación insuficiente ó defectuosa, el pescado salado y mal conservado, la carne de cerdo, la mala higiene, las habitaciones uralsanas, á las que es preciso incriminar.

Así como lo enseña el autor, todas estas condiciones etiológicas pueden faltar en las regiones ó en las familias donde vive la lepra é inversamente.»

Examinada la cuestión de la herencia, monsieur el profesor Leloir prueba que la herencia sola no puede explicar todos los casos de lepra. «En efecto, esta afección se observa frecuentemente en sujetos nacidos en países no contaminados por la lepra y que no han tenido nunca leprosos en sus familias, y además se está muy lejos de encontrar la herencia en todos los leprosos nacidos en un

país donde reina la lepra. Sobre un total de 107 casos en los que el autor ha podido establecer los antecedentes hereditarios, es decir, el estado de salud anterior del padre, de la madre, de los abuelos y de las abuelas, él ha comprobado 47 veces la herencia y 60 veces la ausencia más completa de ascendientes leproso. *Existen también hechos en los cuales ¡los padres han sido atacados después que sus hijos!*, y en numerosos casos, considerados como hereditarios, los padres estaban sanos cuando ellos han puesto en el mundo á sus hijos, que han sido infestados más tarde. Por otra parte, los hijos de un leproso ó de una leprosa y también hijos nacidos de la unión de dos leproso, no son siempre atacados de la misma enfermedad, y así como lo hace notar Schilling, ellos tienen tantas más probabilidades de escapar al fuego morboso cuanto más pronto se les aísla y se les separa de sus padres. Se sabe que la lepra no empieza de ordinario durante los primeros años de la vida; sobre 160 casos en los que la edad de invasión ha podido ser seguramente determinada, el autor no ha encontrado ni un solo caso en el que haya comenzado antes de los cuatro años de edad. Este hecho no aboga mucho en favor de la teoría de la herencia; todos los hechos publicados como ejemplos de herencia, ¿no pueden ser explicados como lo quieren Schilling, Droguart, Landre, Hansen, Neisser, admitiendo *que son casos de contagio en las familias?*»

El autor concluye diciendo que está lejos de negar la influencia de la herencia, aunque ésta no ha sido demostrada aún de un modo absoluto; «pero él afirma que la herencia sola es absolutamente insuficiente para explicar la producción de sinnúmero de casos de lepra, aun dentro mismo de la lepra de familias.»

Los argumentos que aporta en favor de la opinión de los que quieren que la lepra sea contagiosa, son de los más instructivos. Nosotros recomendamos vivamente á los médicos que lean los últimos escritos de Leloir, que dan detalles sobre la higiene de las poblaciones que diezma la lepra, de los nomegos, por ejemplo, y sobre las condiciones de inoculabilidad que ellos reúnen.

El autor refuta en seguida las objeciones formuladas por los anticontagionistas, y termina citando epidemias locales de lepra sobre las cuales tanto hemos insistido en otro artículo del que ya hemos hablado.

.....
.....

(Resumen de un escrito del profesor Leloir.)



EL LEPROSO

¡Pascua! ¡Pascua! Al mágico son de las campanas resucita también la Naturaleza; de sus entrañas pródigas brotan nuevos torrentes de vida, y mientras el cielo se llena de nuevas lumbres y el aire se hace más puro y los valles se hinchan de aromas cual búcaros inmensos, inúndanse las almas de suma alegría ante los destellos de la primavera...

¡Pascua! ¡Pascua! Los árboles se cubren de flores blancas, de flores rojas. Los campos de trigo agitan mansos sus olas de un verde nuevo, reluciente. De la tierra brota un vaho de húmeda frescura. Los tallos gentiles de las palmeras comienzan á inclinarse al peso del nuevo fruto. Y en esa gran fiesta de resurrección, los naranjos se adornan con las coronas de azahares.

Perdida entre esos naranjos y palmeras, rodeada de inmensos trigales y de árboles en flor, asentada en el riente valle, muestra al sol su blancura una pequeña casa.

Desde ella se ve el tranquilo río, y más allá la vieja ciudad con sus murallas, con sus torres, y un poco más lejos, sobre una colina que escalan los cipreses, la ermita del Cristo, y mucho más allá, cerrando el horizonte, los picos de la sierra, llenos siempre de nieve.

La casa es limpia, alegre, llena de la bendición de Dios. Y este día de Pascua parece más alegre aún.

—¿Comemos?—preguntan á la anciana dos gallardos *huertanos*, engalanados con sus trajes de día de fiesta.

—Sí, hijos—responde la mujer.

Y los jóvenes se sientan á la humilde mesa.

—La tía Antonia nos ha contado—dice uno de ellos—que el Viernes Santo fué con usted á la Leprosaría...

—Bien, hijo, ¿y qué?—le interrumpe la anciana, algo contrariada por la verbosidad de la tía Antonia.

—¿Y qué?—prosigue el mozo.—Pues que el año pasado ya hizo usted lo mismo y le dijimos que no lo hiciera más, que no nos gusta eso, que puede usted coger el mal y que nos lo puede traer á nosotros.

—¿Y no sabes, hijo, que Dios tiene en su mano la salud y la enfermedad?

—Sólo sé que bastantes males nos tocan y que no hay que ir á buscarlos fuera...

—Y que si quiere usted, madre, volver á los leprosos—añadió el otro hijo,—no nos espere más por aquí; nos iremos á casa de mi hermana.

—¡Dios bendito! ¿Tanto les molestaba aquello? ¿Tan miedosos eran? Nunca lo hubiera creído ella. Mas ante aquella amenaza de dejarla sola comenzó á temer la pobre viejecilla, y sus manos estuvieron más temblorosas durante aquella comida de día de Pascua que sus hijos habían entristecido un poco.

Acabada la comida, marcharon los dos hijos á la ciudad. La madre quedó en casa.

Fuera, bajo el calor centelleante del mediodía, callaba todo en grata laxitud.

Dentro, en la diminuta casa oculta entre los algarrobos y moreras, suspiraba la madre...

* * *

Viernes Santo.

La vieja ciudad levanta su cabeza para orearla en aquel día con ráfagas de misticismo.

Por entre el murmullo de la piedad y el vocerío de la admiración recorren las estrechas y sombrías calles todos los personajes del drama del Calvario, ostentando los pesados bordados de sus túnicas, los resplandores de sus diademas, la dorada fastuosidad con que los revistió la devoción.

Así pasan los pálidos Cristos desnudos, coronados de espinas de oro, sujetos con clavos de plata á cruces de maderas preciosas. Así pasan las Vírgenes, el pecho constelado de joyas, los dedos cubiertos de anillos, el rico manto colgando hasta los suelos. Así pasan los Apóstoles, los Profetas, las Santas Mujeres cargados de emblemas, envueltos en el humo de perfumes orientales, entristecidos con el eco de los fúnebres pregones y el ruido de las picas romanas poetizados por el efluvio tranquilo del misterio.

Huyendo de la bulla, alejándose de aquel desbordamiento de fe y de entusiasmo, van dos pobres mujeres del campo por calles donde todo es quietud, cruzan por plazas alfombradas de tupido césped, siguen á lo largo de enormes caserones ennegrecidos por la soledad y la tristeza, y al fin llegan al Santo Hospital, y ya en él, éntranse por los pabellones de leprosos...

¿Quién se acuerda de ellos? Alejados de todos, infelices prisioneros del dolor, condenados á una muerte segura, ofrecen en sus atormentados cuerpos todos los estigmas del sufrimiento y del horror.

Llagas, fiebre, rostros deformes, pies y manos carcomidos por el terrible mal, fealdad extrema... ¿Quién se acuerda de los pobres leprosos?

En ese día de Viernes Santo sólo tal vez esas pobres mujeres, que acordándose de Cristo, hecho leproso para quitarnos la lepra del pecado, muerto en cruz, herido y humillado, iban á derramar una gota de consuelo en los heridos y humillados de la tierra.

Y entre ellos repartían golosinas, alentábanlos á la paciencia, curaban sus úlceras, consolábanlos, pasaban toda la tarde con ellos.

¿No era un prodigio esa maravillosa irradiación de la sencilla fe de dos pobres mujeres?

Ante un leproso, mucho más horrible que los demás, lleno de negras manchas y de asquerosas úlceras, instintivamente tembló de asco la mujer de la casita blanca del valle; mas vió tal gesto de resignación en el enfermo, tal paz en su mirada, que volviendo sobre su cobardía, posó sus labios en aquellas asquerosas llagas...

* * *

Avanzaba la tarde del domingo de Resurrección.

Por las abiertas ventanas de la casa llegaban á la anciana, que estaba rezando, envueltos en el aroma de la tierra, todos los ecos de la ciudad y el valle. Venían hasta ella las risas y canciones de las gentes que se divertían por el monte y la huerta, la copla de cadencias moriscas que allá á lo lejos suspiraba un mozo, la grave y potente voz de las campanas de la Catedral, los arpegios ascendentes y descendentes de los campanicos de las Carmelitas, la tenue voz de las Bernardas, el zumbido rotundo de los Franciscanos... después nada... silencio. El sol que se va, las aves que buscan sus nidos, el lucero que asoma...

De pronto la mujer sintió llamar á la puerta, y asomándose á la ventana, exclamó al ver al leproso repulsivo del Viernes Santo:

—¡Virgen Santa! ¿Usted aquí?

—Baje, hermana—gimió éste.

—Pero... ¿cómo ha salido usted del Hospital? ¿Cómo le han permitido salir de allí?—preguntó ella no comprendiendo aquello.

—Baje hermana—volvió á gemir el mísero.

—No puedo ahora—respondió la vieja, temblando sólo de pensar que sus hijos podían encontrarse allí con el leproso.

—Sí, baje. Necesito que me curen sus manos estas llagas como supieron hacerlo el otro día... Se lo pido por Jesucristo y su Madre bendita. ¡Sufro mucho!

Y la mujer bajó y salió al huertecillo que florecía junto á la casa.

Sentado en un poyo estaba él triste, más horroroso aún que días antes, más lleno de dolores y de llagas. Su ruina contrastaba con la hermosura y nueva vida de los campos.

Y allí, bajo el inmenso cielo que iba llenándose lentamente, acá y allá, de estrellas; bajo ramas de olivos y de plátanos y de vistosos nísperos; en medio de aquel paisaje bíblico, la buena mujer se inclinó hacia el leproso, que decía:

—¡El Señor la premiará!

—¿Sufre usted mucho, hermano?

Y al preguntar así, levantó la anciana sus ojos á los del enfermo y quedó extasiada.

La frente del leproso estaba orlada de sangrientas heridas, huellas de cruel diadema; el leproso miraba con la misma mirada dulce, amorosa, del Cristo agonizante de la ermita; su rostro se había tornado hermoso y sereno; sus andrajos habían desaparecido.

La mujer lo reconoció: era el Señor Jesucristo. El grande, el divino leproso.

—¡Señor mío y Dios mío!—pudo exclamar solamente la mujer, arrojándose á besar los pies llagados.

Y no vió que de las llagas de ellos brotaban violetas. Y se sintió levantada por las purísimas manos, en cuyas heridas florecían lirios.

Y se sintió atraída hacia el costado abierto, abierto como una rosa encarnada...

J. LE BRUN.



Crónica de la Caridad

Desde la publicación del anterior número de esta Revista hemos recibido las cantidades siguientes:

	Pesetas.
D. Honorio Mompó, por suscripción.	2
D. Juan Ferrandis, segundo plazo, Patrono.	100
D. Joaquín Espinosa, primer íd., íd.	100
D. Francisco Matéu Peris, primer íd., íd.	100
D. Timoteo Guillén, primer íd., íd.	100
D. Rafael Rodríguez de Cepeda, primer íd., íd..	100
Sr. Barón de Santa Bárbara, primer íd., íd.	100
D. Vicente Estellés, primer íd. íd.	100
D. Miguel Castells, primer íd., íd.	100
D. ^a Amparo Asensi, primer íd. íd..	100
D. Manuel Saavedra, primer íd. íd..	100
D. Ricardo Hernández.	100
D. Fabián Ruano, de Salamanca, limosna.	10
D. Manuel Ortega, limosna.	25
D. Jenaro Moscardó, de Meliana, por suscripción.	1'50
D. Blas Guzmán, de Onteniente, por íd.	1'50

Por carta recibida en Gandía hemos sabido que una señora se ofrece á servir á los leprosos y trabaja en preparar algunos objetos para el culto de la capilla del Sanatorio.

Entre varios entusiastas por la obra de la Leprosaría han adquirido casi todo lo necesario para el culto del Señor en la capilla que se está construyendo en Fontilles.

El Excmo. Sr. Obispo de Loryma ha manifestado el deseo de contribuir con quinientas pesetas más á las obras del Sanatorio.

Dios se lo pague á todos y sirva de ejemplo á los demás, pues son tantas las ropas y objetos que se necesitan para inaugurar el Establecimiento á primeros de Septiembre, que cuantas personas caritativas puedan desprenderse de ropas de cama ú otro objeto útil, además de la recompensa eterna que no les ha de faltar, tendrán el agradecimiento de la Junta y las bendiciones de los enfermos.

Se nos olvidaba: un caballero acaba de regalar un armónium para la capilla.

Dios le premiará.

Tip. Moderna, Avellanas, 11, Valencia